

ciéron.
 aquellos amigos, padres, hijos, esposos, despare-
 cieron.
 Veo un presente empapado en lágrimas, porque
 dos almas en una.

en inefables carinos; donde esposo y esposa funden
 mano del amigo; donde hijos y padres se deshacen
 de amor y de ternura, donde el amigo estrecha la
 de alegrías, de afectos, de esperanzas; un poema
 Y en efecto, veo ante mis ojos un pasado lleno
 orar.

traduzco palabras que dicen: «recuerda, siente y
 te. Yo escucho en ellas el lenguaje de la eternidad;
 hoy esas campanas deben hablaros elocuentemen-
 Si sois cristianos, si tenéis fe en la resurrección,
 ¿Nada os dicen sus clamores?

¿No oís doblar las campanas?
 bernáculos.
 purificación; antes de penetrar en los eternos Ta-
 de los fieles que se encuentran en el lugar de la
 difuntos. Hoy eleva sus oraciones por las almas
 Hoy celebra la Iglesia la conmemoración de los

EL DIA DE DEFUNTOS

en todos los siglos, dando testimonio de ello las
 litúrgias latinas y griegas, varios Concilios y
 Agustín, Bernardo, Ambrosio, Jerónimo y otros
 muchos.

Hay una idea misteriosa apegada á nuestro co-
 razón, una idea que puede llamarse congénita, y
 es la de que existe algo fuera de este valle de lá-
 grimas.

No lo sabemos por la Religión, ni por la fe, ni
 por la Iglesia; lo sabemos por nosotros mismos,
 por una especie de intuición de la que no podemos
 darnos cuenta, pero que existe.

Entre los judíos, los padres enseñaban á los hi-
 jos á honrar á los muertos.

Los romanos se valían de ricas insignias, flores,
 planíferas y por última ceremonia un águila ata-
 da con un cordón de seda sobre la pira donde se
 quemaba el cadáver, se lanzaba al espacio simu-
 lando la elevación del alma al Cielo.

Los gentiles hacían una respetuosa ablución
 del corazón y pulmones de los que morían, para
 darles más agilidad con que subir al sitio del feliz
 reposo.

Por último la humanidad entera ha concebido
 otro término que no es la muerte.

Oíd las campanas: su sonido nos saca de un le-
 targo; el amor nos trae mil memorias; la fé nos des-
 corre un velo; la caridad nos enseña una oración.

Una persona querida muere en nuestros brazos,
 presenciamos su lucha con la muerte, la hemos
 cerrado sus ojos y dado el último beso. ¿Que nos
 queda? ¿Un cadáver! Nos cerca la desesperación,
 nos ahogamos en lágrimas y resuena en los oídos

el ruisson; y todas á porfia cantan en aquel pa-
 nidos multitud de aves, abundando la calandria y
 sas especies. En las ramas más firmes cuelgan sus
 rios otros árboles gigantes y plantas de diver-
 por sus troncos se enroscian como serpientes; va-
 rilla hasta el cielo se levantan; enredaderas que
 maravillosa vegetación; olmos que como dice Zo-
 guaros ya en él: por todos lados descubris una
 subida, por cuya razón se elige el del centro. Fi-
 es una gran pendiente, que hace muy penosa la
 tres que pueden llamarse pasos. El de la izquierda
 los pocos pasos que se dan el camino se divide en
 sado el se descubre un sorprendente panorama. A
 va, se halla el arco llamado de las Granadas; pa-
 cuesta de Gomeles, que principia en la Plaza Nue-
 manuales del viajero en Granada. Al fin de la
 que yo omito, puede hallarlos en los diferentes
 tran. El que desee adquirir minuciosos detalles
 Palacio Árabe y las que dentro de este se encuen-
 vista, desde la puerta de las Granadas, hasta el
 paseo, preciosidades que se van presentando á la
 servir de guía, si solo indicar, como el que vá de
 No pretendo hacer una descripción que pueda

LA ALHAMBRA

una palabra terrible. ¡Eternidad! ¡Para una eter-
 nidad perdimos al sér de nuestros amores!

Y esa palabra nos enloquece, nos agobia, tur-
 ba nuestros sentidos y envuelve al alma con un
 velo de tinieblas. ¡Tristísima noche! ¡Dolor de los
 dolores!

Pero hé aquí que con la mano derecha sobre el
 corazón, y en la izquierda la antorcha de la fe,
 dirigimos una mirada al Cielo, vemos una sonrisa
 de Dios y á la tristísima noche sucede un clarísimo
 día; sí, hay algo más al otro lado del sepulcro,
 hay una resurrección; hay una gloria eterna para
 los justos marcados con el Thau.

Las pobres y venturosas almas del Purgatorio
 gimen en su prisión; anhelan ver á Dios que es
 el sumo bien; aceleremos con nuestras oraciones esa
 hora tan deseada y que oigan la voz del Angel:
 «Hijas de Sión, romped las cadenas que os ligan;
 volad á la Ciudad Santa». *Solve vincula colli tui cap-
 tiva filia Sion (1).*

La fe no ha muerto en el corazón cristiano; yo
 veo en días como hoy llenarse el templo de perso-
 nas que asisten devotamente al augusto sacrificio
 de la Misa y permanecer horas y horas en recogida
 contemplación; podían sorprenderse algunas
 lágrimas y multitud de suspiros; la tristeza se vé
 en todos los rostros, en todos los objetos. Los ojos
 del espíritu miran á través de los mundos, quisie-
 ran ver la suerte de las almas; pero un velo se po-
 ne por delante: entonces el hombre, si tiene fe,

(1) Isaias, Cap. 52, v. 2.